

*cognoscerent et contemnerent, ju-  
re receperunt in pœnam, ut nec  
cognoscerent eam.* S. BERN.  
EPIST. 3.

*Queris quid sit cor durum; si  
non expavescis, tuum est.* S. BER-  
NARD. LIB. 1 DE CONSID.

Véase: CIEGO DE NACIMIENTO;—CIEGOS VOLUNTARIOS.

## CELO.

### I.

*Ignem veni mittere in terram, et quid volo  
nisi ut accendantur?*

Yo he venido á poner fuego en la tierra,  
¿y qué he de querer sino que arda?

( Luc. xii, 49. )

¿Qué misterioso fuego es ese, amados hermanos míos, que Jesucristo vino á poner en la tierra, y en el que desea que ardan todos los corazones? Este fuego divino, cuya hoguera está en el centro de Dios mismo, es la caridad por esencia; este es el fuego divino, que el Espíritu Santo derramó á torrentes sobre los apóstoles en el cenáculo, y que los apóstoles llevaron luego á los ángulos del mundo; este es el fuego sagrado, que los ministros del Señor se complacen en comunicar al corazón de los fieles; es la llama divina que les agita, les envuelve... Y vosotros también os complacéis en decir: *Quid volo nisi accendantur?* Este es el fuego sublime en que yo deseo encender vuestros corazones, y que yo quisiera comunicar á los que ignoran sus santas delicias. Explicaré, pues, los motivos, que deben animar nuestro celo, y las calidades que deben sobresalir en su ejercicio. Tal será el asunto y división de mi discurso. Imploramos, etc. A. M.

1. Cuando volvemos los ojos á lo que pasa en torno nuestro, hermanos míos, vemos á los enemigos de la religion esparcir á manos llenas las semillas, las doctrinas nuevas: impacientes por recoger sus frutos, se dirigen á todas las edades y condiciones. Lisonjean á los grandes, á los ricos, y les tienden los lazos de la ambicion y de la voluptuosidad: cautivan á los pobres y á los débiles, apartando sus miradas de los tronos que les aguardan en el cielo, para mostrarles puestos elevados en la tierra. Engañan á los ancianos, tapizando de flores la tumba que se entreabre á sus piés; descarrian á la juventud, deslumbrándola con el esplendor de una mentida libertad, y exaltando su ardiente imaginacion con la ruidosa exposicion de las supuestas conquistas del espíritu moderno sobre los tiempos antiguos. Y ¿acaso no procuran también insinuarse en el corazón de las mujeres, por medio de los libros impíos y fantásticos, que muchas veces dejan en la imaginacion impresiones de duda, y en el corazón el fuego de pasiones criminales? ¡ Ah! todos lo estamos viendo; la fe mengua, la caridad se entibia, la iniquidad abunda en todas partes, y vosotros, hermanos míos, gemís de continuo en lo recóndito de vuestra alma. Más, yo os pregunto, si permitireis, que á Dios se le arrebaten sus adoradores, á la Iglesia sus servidores más fieles; si cuando están levantados tantos brazos para hacer caer á sus golpes á las almas redimidas por la sangre de Jesucristo, no hareis nada para salvarlas; si no tendreis tanto celo para reconquistar las almas á Jesucristo, como los malos lo muestran cada dia para perderlas. ¡ Ah! no me digais, hermanos míos, no me digais que habeis de cumplir con otros deberes; que, lanzados en medio del mundo, os acosan mil atenciones, mil solicitudes; que, bien mirado, el sacerdote fué puesto á la entrada del santuario para cuidar de la custodia de la divinidad, de la pompa de su culto, del triunfo de su gloria, de la reforma de las costumbres, de la predicacion de las santas doctrinas, de la salvacion del prójimo. Yo os contestaré, por mi parte, que el deber del cristiano es mostrarse defensor de la causa de Dios, bienhechor de sus hermanos, colaborador en Jesucristo en la grande obra de la Redencion. Este glorioso ministerio no corresponde exclusivamente al cura, si que también á los fieles; y si vosotros rehusareis aceptar este honor y cumplir con este deber, faltariais á vuestra fe, borra-riais en cierto modo de vuestra frente el signo del cristianismo.

El ejercicio del celo va á convertirnos en defensores de la causa de Dios. ¿Qué es el celo? El celo, dice Guillermo de París, es el guardian del honor y de la gloria divina. El celo, dice S. Ambrosio, no es otra cosa que la caridad. El celo nos une con Dios, nos identifica

con Dios. Apenas el celo viene á inflamar nuestro corazon, no vemos ni buscamos sino á Dios; cuanto place á Dios, nos place á nosotros; y cuanto puede ofenderle, hace correr nuestro llanto y provoca los gemidos de nuestro dolor. El cristiano celoso, como vea á Dios honrado y glorificado, participa del gozo de los ángeles, entona el cántico de accion de gracias en los transportes de su júbilo; pero si se ultraja al objeto de su amor, se abandona entónces á un dolor inconsolable, ó antes bien, se anima, se inflama, se indigna, busca á los culpables, y les pide cuenta de sus sacrilegos ultrajes. Siempre que se ataca á Dios, él tambien se siente atacado en el corazon. La causa de Dios es su causa; los intereses de Dios son sus propios intereses. Él defiende á Dios contra el impio. ¡Cuán glorioso es ejercer semejante ministerio! ¡Tener á Dios, en cierto modo, por cliente, defenderle, protegerle! ¿Qué mision más augusta podemos ambicionar en la tierra? Nada tan noble, nada tan grande, nada tan sublime como el ejercicio del celo. Las demás glorias son perecederas, y siempre hay algo que empaña su brillo: todas participan de la inconstancia y vanidad de las cosas terrenas. Pero la gloria de esas mujeres verdaderamente cristianas, de corazon apostólico, siempre apereibidas á consagrarse, á dedicarse á las obras de caridad, esta gloria, amados hermanos míos, está exenta de las vicisitudes humanas. Ni los caprichos de los hombres, ni sus pasiones pueden arrebatarla su esplendor. Asociadas en la tierra á la gloria de Dios, están rodeadas de algunos de aquellos destellos, que emanan del seno de los esplendores divinos, y participan anticipadamente de la gloria que les está preparada en el cielo. Esto es lo que decia un día S. Agustin á un hombre del mundo: ¿Buscas gloria verdadera, y estás celoso, enamorado de la gloria? ¡Pues bien! no hallarás gloria real sino en el ejercicio de un celo sincero, perpétuo. ¡Oh! es la verdadera gloria! Y al mismo tiempo recordaba los ejemplos de aquellos grandes hombres del Antiguo Testamento, de los Matatías, de los Judas Macabeo; nombraba tambien á los Constantinos, á los Teodosios; y, á nuestra vez, podríamos nombrar á los Agustines, á los Domingos, á los Franciscos Javier, á los Vicentes de Paul. Y ¿qué no pudiéramos decir, amados hermanos míos, de los hombres apostólicos que, enteramente abrasados de celo, abandonan su patria, sus parientes y sus amigos, y sin temor al Océano y sus tempestades, á la barbárie de las costumbres y á las persecuciones, que les aguardan, no vacilan en volar á los confines del mundo, para llevar la buena nueva de la salvacion? ¡Qué hermosos son los piés de los evangelistas del Señor, de los que bajan la montaña, que traen la paz, y

anuncian el bien eterno! ¡Qué hermosos son los piés de esos apóstoles, cuando van á enseñar á los infieles á pronunciar el nombre de Dios, y las primeras sílabas del cristianismo!

Más de una vez, hermanos míos, habeis sentido palpitar vuestro corazon al recorrer los anales de la propagacion de la fe: al ver los prodigios obrados por los misioneros, quizás habeis sentido miraros encadenados en vuestra patria. Y vosotras, señoras, vosotras de corazon siempre tan ardiente, tan generoso; ¡cuántas veces habeis sentido, que vuestro sexo no os haya permitido ejercer ese noble y sublime apostolado! Vosotras quisierais tambien atravesar los mares, ir á buscar á los infieles, á los idólatras. ¡Ahora bien! yo vengo á deciros á todos, que no necesitais apartaros de vuestras familias, ni alejaros de vuestro país. Infieles, ¡ah! en todas partes los hay, os rodean, y á millares los teneis á la vista. ¿No oís esas blasfemias contra el cielo, esas imprecaciones contra Dios, todas esas injurias á la religion, y á sus dogmas, y á su moral? ¡Pues qué! ¿no os sentís llenos, penetrados de celo? ¡Cómo! ¿acaso no sostendriais la causa de Dios, no defenderiais sus leyes, no las protegeriais contra sus enemigos? Si hubiese hombres tan audaces, que intentaran afeardar vuestro estado, vuestra condicion; si en vuestra presencia se permitiesen atacar á vuestra familia, cierto que no permaneceriais gravemente silenciosos y con los brazos cruzados: encontrariais mil medios de defensa; con la firmeza de vuestra actitud y con la fuerza de vuestras razones acallariais á esos indignos acusadores. Ved, pues, á Dios ultrajado, á la religion acusada; ved, hermanos míos, un sinnúmero de almas que se declaran contra Jesucristo. ¡Y no le sosteneis! y no le defendeis! Pero, qué! ¿estais, pues, contra él, ya que no, estais por él? Y si no teneis el valor, la generosidad de tomar las armas en su favor, ¿quereis pues pasaros á los cobardes y á los apóstatas? ¡Ah! nó. ¡Cuán glorioso fuera para vosotros, defender la causa de Dios, como tambien mostraros bienhechores de vuestros hermanos! ¡Qué beneficio el sacar á un alma del abismo del pecado, y ganarla para el cielo! Para saber la magnitud y apreciar el mérito de este beneficio, fuera menester, hermanos míos, haceros presente lo que es un alma, lo que vale, lo que nuestra alma costó á Jesucristo; las lágrimas, los sudores, y la sangre que por nosotros derramó el Hijo de Dios.

El alma del hombre, dice Tertuliano, es la sombra misma de la Divinidad en la tierra. Pero, ¿qué es esta alma en estado de pecado mortal? Es la obra maestra de Dios en el envilecimiento y la degradacion; es el esplendor divino envuelto en las tinieblas; es la obra

más hermosa de Dios desfigurada por las sombrías tintas del pecado; es la posesion de Dios invadida por el infierno; es la muerte misma en el seno de la vida. ¿Qué hace el celo, cuando saca á un alma de este infeliz estado? Hace una obra superior á toda alabanza, ejerce el ministerio más grande, el más perfecto que puede ejercerse en la tierra, puesto que hace pasar á esa alma infortunada de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, del infierno al cielo. Librar á un cautivo de sus cadenas, es, hermanos míos, una obra, que los hombres celebran ordinariamente con trasportes de agradecimiento; pero librar á un alma cautiva del pecado, devolverla la dichosa y santa libertad de los hijos de Dios, es un beneficio, que no puede celebrarse dignamente sino en los conciertos arrebatadores de los ángeles. Dar pan á los que tienen hambre, vestidos á los que no los tienen, es un beneficio que atrae comunmente, como por dicha vemos cada dia, mil bendiciones sobre la mano que los reparte; pero dar á un alma el vestido de inocencia de que la despojáran, dar á esta alma el alimento de los sanos consejos; ¡oh! es un beneficio inefable, y voy á repetirlo; es un beneficio, que solo puede comprender aquel que sabe bien lo que es y lo que vale un alma. Y ¿podria yo decirlo? Aunque me valiera, hermanos míos, del lenguaje de los que presenciaron los primeros sufrimientos de Jesús en Belen, sus persecuciones en la Judea, sus angustias en Getsemani, no podria aun expresar lo que es superior á toda lengua. Así, pues, me concreto á deciros: Contemplad conmigo al Hijo eterno de Dios, engendrado de su sustancia, esplendor de su gloria; vedle nacer rodeado de todas las miserias humanas, en medio de todos los apuros, de todas las necesidades; consideradle, pues; vedle rendido de fatiga, consumirse, sacrificarse por amor á nosotros, recibir golpes mortales en el corazon, y de parte de sus discípulos! regar la tierra con su sangre, morir en el Calvario, abrumado de ultrajes, quebrantado, desgarrado por los instrumentos del suplicio! Vedle, hermanos míos, y en seguida preguntaos: Pero, ¿por qué dejó nuestro Señor la magnificencia de los cielos? ¿por qué bajó á la tierra? ¿por qué tanta ignominia y tantos padecimientos? ¿por qué una muerte afrentosa en la cruz? Y vuestro corazon y vuestra fe os responderán: por nosotros, por nuestra salvacion, por nuestra alma.

Eso es lo que vale nuestra alma: vale la misma sangre de un Dios. Y en otro tiempo, queriendo el Apóstol estimular en el corazon de los fieles, que habia evangelizado, el celo, la caridad ardiente, que yo tambien procuro comunicaros, decia á los Corintios: Y ¿es posible, que haya de perecer por el uso indiscreto de tu ciencia ese hermano

enfermo, por amor del cual murió Cristo? *Et peribit infirmus in tua scientia frater, propter quem Christus mortuus est?* I. Cor. VIII, 11. ¡Ah! ¡cómo, amados hermanos míos, cómo! vosotros, á quienes yo he formado para Jesucristo, dejareis acaso perecer á vuestro hermano por quien murió Jesucristo! Y no quiero valerme de otras palabras, y nada quiero, hermanos míos, más elocuente, más eficaz para reanimar el fuego del celo en vuestros corazones: Jesucristo murió por vuestros hermanos. ¿Veis á esa alma desdichada, que se abandona al amor del siglo, y se pierde en la embriaguez de los gozes y deleites de la tierra? Pues es un alma por la cual murió Jesucristo. ¿No la mostrareis el precipicio entreabierto ante ella? ¿No la desengañareis tal vez? ¿No la desprendereis de los funestos placeres á que se entrega con tanto ardor? Y esa alma ciega, que se ha dejado arrastrar á todos los errores de su orgullosa razon.... sus ideas ajenas de la fe, su entusiasmo por las novedades péfidas, todo ha contribuido á ilusionarla y perderla: es un alma redimida por la sangre de Jesucristo. Y ¿no la hablareis de la religion, mostrándola sus bellezas? Esa alma infeliz, ávida de una peligrosa libertad, ¡ah! ha caido en la esclavitud del demonio; ahora está aherrojada con las cadenas del pecado: es el alma de vuestro hermano, es un alma redimida por la sangre de Jesucristo. Y ¿no tratareis de romper sus cadenas, de volverle la libertad de los hijos de Dios? Ved, pues, ved á todos esos pecadores que os rodean, en la ciudad y en los pueblos, entre los ricos y entre los pobres: ¡cuántos perecen, cuántos se precipitan á vuestra vista en los profundos abismos! ¡Ah! vosotros no direis como Cain: ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano? ¿acaso soy yo el encargado de la salvacion de esas almas? ¿acaso he contraido yo la obligacion de ejercer el ministerio sacerdotal? Pues bien! sí, habeis contraido esta obligacion, hermanos míos: Dios confió á cada uno el cuidado de mirar por su prójimo, por su hermano; y vosotros oireis, más tarde, la voz de la sangre de vuestro hermano, que gritará desde el seno de la tierra. Esta voz gritará, si no habeis estado poseidos de celo; esta sangre gritará, si no habeis tratado por todos los medios de procurar la conversion, la salvacion de las almas. Examinemos ahora rápidamente las principales condiciones, que deben acompañar al ejercicio del celo, para que sea verdaderamente provechoso y saludable á las almas.

2. El celo por la salvacion de las almas debe empezar por nosotros mismos, por nuestra alma: quiero decir, que siempre que se trata de la salvacion, podemos, debemos preferirnos á los demás. Antes, pues, de llorar la desgracia de los que se abandonan al pecado

y se precipitan en los profundos abismos, es conveniente examinar escrupulosamente, si hemos de derramar lágrimas amargas por nuestros propios pecados. Antes de levantar con una mano el edificio de la santificación de los demás, debemos mirar si el edificio de nuestra propia santificación está minado sordamente por vicios, cuya extirpación es urgente. Sin eso, amados hermanos míos, el celo infatigable no es más que un celo erróneo, un celo mal entendido, un celo farisaico, que lleva consigo su reprobación, y que daría derecho á aquellos, cuya corrección os propusierais, á contestaros: Atended primero á vuestras propias necesidades, curad vuestras propias llagas, y escandalizaos de vuestros propios escándalos: *Medice, primum cura te ipsum*. Pero estoy persuadido, amados hermanos míos, de que todos los cristianos, aquí reunidos, han comprendido perfectamente esta obligación. Ahora conviene ocuparse de la salud de los demás, conviene dedicaros al ejercicio del celo: celo, que es necesario dirigir con prudencia, ejercerlo con humildad, fortalecerlo, sostenerlo con la paciencia.

En primer lugar, conviene dirigirlo con prudencia. El celo es un arma, que podría hacerse muy peligrosa y mortífera en manos del que no supiera manejarla con acierto. Un celo ardiente, arrebatado, sin cálculo, con sus impetuosos arranques, nunca se abrirá el camino de los corazones, y solo dejará á su paso descontentos y murmullos. Por consiguiente, hermanos míos, si quereis asegurar el buen éxito de vuestro ministerio, debeis primeramente entrar con vosotros mismos, como en una discusión juiciosa é ilustrada. La prudencia, dice el Espíritu Santo, es la ciencia de los santos: *Scientia sanctorum*; Prov. ix, 40, y S. Bernardo explica estas palabras, diciendo: «La prudencia es la luz de nuestra alma, la reina de nuestros pensamientos, *lucerna animæ*; es decir, que, como nos explica también el mismo doctor, debemos andar siempre con el plan en la mano y los ojos muy abiertos; estudiar con madurez la época, el lugar, las circunstancias; pues de la misma manera que el cielo no está siempre despejado, ni el mar siempre tranquilo, así los caracteres no son siempre los mismos: el temperamento, el pesar los irritan, la prosperidad los embriaga, la esperanza los sosiega. Que si hubieseis de ejercer vuestro ministerio en un momento borrascoso, ¡ah! veriais frustrarse todos los esfuerzos de vuestro celo. Pero la prudencia os recomienda, que aguardéis á que se desvanezca la tempestad, para que el corazón esté más tranquilo y se halle libre de sus temores. Entonces el buen resultado de vuestros esfuerzos justifica la sabiduría de los consejos, que la prudencia os había dado. Más, si á despecho de

todos vuestros cuidados se frustra vuestro propósito, guardaos, hermanos míos, de cejar desalentados. La prudencia dispone de mil recursos. Ella estudia el flaco y el fuerte de los caracteres, ve de que parte son más flexibles y manejables. A ejemplo del pastor de Israel, que se ejercita con la armadura de Saul, antes de marchar contra el soberbio filisteo, el cristiano celoso, pero siempre ilustrado, dirigido por la prudencia, se ejercita, en cierto modo, antes de poner manos á la obra.

La humildad debe ir acompañada de la prudencia. Nacido rey del universo, hermanos míos, el hombre, ya lo sabeis, no se ha olvidado de la grandeza de su origen, y conserva el sentimiento de su propia excelencia, que ni la misma humillación de su caída ha podido borrar enteramente. ¡Con qué humildad no hay pues que ejercer el ministerio del celo con respecto á este hombre orgulloso y soberbio! No presume nadie, que nos es dado presentarnos con la audacia de los conquistadores de las naciones, que se apoderan por la fuerza y la violencia de las ciudades y fortalezas. Naturalmente altivo, el hombre opone una invencible resistencia á las amonestaciones altivas; si observa, que le quieren tomar por asalto, se encierra en su propio corazón, y defiende todas sus avenidas con una terquedad indomable. En vano le dirige el celo las reconvenciones más merecidas: él le contradice formalmente ó le tilda de exagerado. En vano prodigará el celo los más sanos consejos: como el tono que los acompaña ofende y pica, todos son vivamente rechazados. En vano redobla el celo sus instancias: las instancias acaban por provocar respuestas descomedidas, que quitan toda esperanza de buen éxito. San Agustín, el gran Agustín, tan conocedor de los pecadores, y que había gemido por tanto tiempo bajo las cadenas del pecado: «Ah, decía, cuando queramos convertir á los pecadores, gimamos con ellos, inspirémosles el amor de Dios por medio de la dulzura, de la mansedumbre, de una benignidad celestial.» Así procedía en otro tiempo el gran apóstol S. Pablo, que también había sido pecador, y empezaba acusándose humildemente á sí mismo: «¡Ah! exclamaba, yo he sido un implacable perseguidor de la Iglesia de Dios: *Supra modum persequabar Ecclesiam Dei, et expugnabam illam*. GAL. I, 13: yo no merezco, que me llamen apóstol suyo: *Non sum dignus vocari apostolus*. I. Cor. xv, 9. ¡Cuánto temo, que despues de haber predicado á los demás, sea yo mismo reprobado!» Y con esta dulzura y humildad, el gran Pablo señala sus pasos con ilustres conquistas sobre los corazones más altivos, y sobre los pueblos más numerosos; vuela de un punto á otro; la imaginación apenas puede seguirle en su carrera; él va

levantando en todas partes sobre las ruinas de los templos y altares de la idolatría, los templos y la cruz de Jesucristo. Y es, que el celo, acompañado de la humildad, de la dulzura, está seguro de ver coronados de éxito sus esfuerzos, si, empero, es perseverante, pues la salvación depende de la perseverancia.

Tenedlo presente: acontece á menudo que, aun despues de dirigir el celo con prudencia, despues de ejercerlo con humildad, solamente se recogen frutos lentos y tardíos: la mano que ha sembrado, no siempre tiene el consuelo de recoger. El rocío del cielo hace crecer y florecer las plantas de los campos y el lirio de los prados: pero este medro y esta florecencia vienen cuando menos se piensa; y la cosecha más tardía ha sido, más de una vez, la más copiosa: las misericordias del Señor nunca faltan, pero no brotan del tesoro divino sin su mandato. Valor, pues, y confianza; guardaos de caer en la desconfianza, en el abatimiento. El más alto grado de iniquidad será, muchas veces, el primer momento de la gracia. Pero en el ejercicio de vuestro celo, no siempre habeis tenido esa paciencia y perseverancia. Habeis tendido la red, la habeis tendido de noche, de día, y decís á Dios: Señor, yo he rogado, trabajado, instado, y suplicado mucho, y, sin embargo, no he alcanzado nada! Andad, dice el Señor, echad otra vez la red al agua. Y luego una pesca milagrosa os indemniza largamente de la inutilidad de vuestros primeros trabajos. ¡Id, llamad! y la puerta al fin se abrirá, y sereis recibidos como á unos bienhechores, y se os prodigarán todos los testimonios del agradecimiento.

Esposas cristianas, más de una vez habeis caído en una desconfianza ofensiva al Señor. ¡Ah! es que hacia ya tiempo que veiais la esterilidad de vuestros esfuerzos, como de vuestras lágrimas; habiais intentado vanamente establecer el imperio de la religion en el corazon de un esposo, en quien ejerceis el imperio de la amistad. ¡Valor y confianza! Algunos ruegos y algunos consejos más, y vereis como ese esposo confunde sus sentimientos con los vuestros al pié del altar, testigo de vuestra union. Y tú, madre desconsolada! tu ternura desmaya al pensar en ese hijo de tus dolores siempre indócil, rebelde siempre! Nada ha podido aun conmoverle, persuadirle. Ea, valor! por la noche, antes de que descansa de las fatigas del día, dirigele algunas de aquellas palabras, que el corazon maternal sabe encontrar en su santa inspiracion, y tal vez, cual otro Agustin, se despierte con las lágrimas del arrepentimiento y el primer movimiento del amor divino. Sed, pues; celosas; poseed un celo tan constante, tan perseverante como dulce, humilde y prudente, y recogeréis abun-

dantes frutos. Arda siempre este fuego sagrado en vuestro corazon, hermanos míos. ¡Oh! si me fuera dado comunicárosle! ¡Con cuánto placer os diria, como antes Moisés: El que sea del Señor, júntese conmigo, Exod. xxxii, 26; ó como Matatías: Todo el que tenga celo por la ley, y quiera permanecer firme en la alianza del Señor, sigame. Mach. ii, 27. Eso es lo que cada día os dicen los ministros del Señor. Responded, pues, á este llamamiento. Id, pues, amados hermanos míos, id con un corazon ardiente de celo; id, diciendo y repitiendo á ejemplo de nuestro divino Redentor: *Sitio! sitio!* tengo sed de salvacion de almas, tengo sed de conversion de pecadores, *sitio!* poco me importa lo demás: yo quiero almas, no pido más que almas.

Id con estos sentimientos; id como ángeles de paz á llevar la calma á los corazones tanto tiempo há agitados por las borrascas de las pasiones. Id, como dice el Profeta, id á ese pueblo desgarrado por la envidia, y por el orgullo, y por todas las pasiones más criminales y peligrosas; presentaos á esos hombres, á esos padres de familia, para enseñarles á conocer mejor el sentimiento de su dignidad de hombres y de cristianos; para enseñarles el temor de Dios, y el esfuerzo en el trabajo, y la resignacion y la esperanza en los días de fiesta. Presentaos á esas mujeres, que tambien se han olvidado del Señor; enseñadles la fidelidad á sus promesas, el orden en su casa, y el cariñoso cuidado de sus hijos. Id asimismo á ver á los niños: enseñadles bien á amar á Dios, y á sus padres; inspiradles el amor al trabajo y á la obediencia.

Id! que los ángeles van con vosotros, y vuestro ministerio será bien recibido, y continuareis las buenas obras, que ya estais practicando.

Así os atraereis mil bendiciones para vosotros y vuestras familias, y os preparareis en el cielo una gloria inmensa é inmortal, como os la deseo de todo mi corazon.

## CELO

### POR LA SALVACION DEL PRÓJIMO.

#### II.

*Medice, cura te ipsum.*

Médico, cúrate á ti mismo.

(*Luc. IV, 23.*)

No hay cosa más sublime, ni más heroica, en el orden de las virtudes cristianas, que el celo por la salvacion y perfeccion del prójimo. Porque este celo es una expresion del amor divino; es lo más puro y esquisito que tiene la caridad; es en lo que estuvo el carácter de los hombres apostólicos; es el don que tuvieron los profetas, y el espíritu que anima á los predicadores del Evangelio. Así, cuando la Escritura habla de los apóstoles, nos los representa como estrellas brillantes en el firmamento de la Iglesia; es decir, como unas luces en que tiene Dios complacencia de hacer, que resplandezcan todas las riquezas de su gracia. No obstante, cristianos, por más excelencias y prerogativas que yo descubra en este celo de la perfeccion de los otros, tengo por evidente, que se ha de sostener y apoyar, que se ha de purificar y arreglar, que se ha de suavizar y moderar con el celo de nuestra perfeccion propia. Se ha de sostener y apoyar, porque si no, es vano y no tiene efecto; se ha de purificar y reglar, porque sin eso, es defectuoso y falso; se ha de suavizar y moderar, porque sin eso, es aborrecible y enfadoso.

Procurad, amados oyentes, si gustais, poneros bien en estos tres pensamientos. No hay cosa más excelente que el celo de la salvacion y perfeccion de los prójimos; pero, aunque es tan excelente, mirándole de parte de Dios, que le inspira, puede ser, tomándole de parte del hombre que le ejercita, débil en su motivo, vicioso en su sustancia y excesivo con extremo en su accion. Puede ser débil en su mo-

tivo, porque no se piensa en apoyarle sobre un fundamento sólido. Puede ser vicioso en su sustancia, porque no se tiene cuidado de discernirle justamente. Puede ser en su accion excesivo con extremo, porque no se mezcla en ella lo que ha de servir de temperamento prudente. Pues ¿de qué depende este fundamento sólido, que ha de sostener nuestro celo; este juicio de discrecion, que ha de arreglarle; y este temperamento prudente, que le ha de moderar? Del cuidado que hemos de tener, en primer lugar, de corregirnos y perfeccionarnos á nosotros mismos. Procuremos que no se nos pueda aplicar el baldon, que Jesucristo previó le aplicarían los fariseos, pero que ninguna fuerza tenia contra él: Médico, cúrate á ti mismo. Pensemos en nosotros mismos, tengamos cuidado de corregirnos y perfeccionarnos; y este celo de nosotros apoyará nuestro celo para con el prójimo, le dará rectitud, y, últimamente, le suavizará. Esto es lo que me propongo demostraros. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. El celo de correccion y de reforma, que el mirar por los intereses de Dios suele inspirarnos, ha de comenzar por nosotros mismos: y esta máxima se funda en el orden esencial de la caridad, que pide, que en todo lo que mira á la salvacion, nos amemos sin excepcion á nosotros, prefiriéndonos á todos los demás. Porque el amor propio, que en otros puntos se condena como vicio y como injusto, en este punto, no solamente es virtuoso y racional, sino de una necesidad y de una obligacion indispensable. En efecto; debo amar la salvacion de mis prójimos más que mi hacienda, más que mi salud, más que mi honra, y más que mi vida: pero no me es lícito amarla tanto como mi propia salvacion y perfeccion, segun Dios; y si estuviera en mi mano convertir todo el mundo á costa de pervertirme yo, ó reformarle, quedando yo desordenado, tendria que abandonar la conversion y reforma de todo el mundo; persuadido á que no quisiera Dios, entónces, que el mundo se convirtiese y se reformase por mí, pues no podia ser sin perjuicio de esta caridad personal, que me debo á mí, y en virtud de la cual quiere Dios que, en primer lugar, me aplique á cuidar y darle cuenta de mí mismo.

Pues ¿qué se sigue de ahí? Lo que dije al principio: esto es, que todo el celo de la perfeccion de los demás, que no supone un celo sincero de perfeccionarse á sí mismo, por más recta que sea la intencion que le mueve á obrar, no es un celo inspirado por la recta razon, sino, un celo mal ordenado, un celo fantástico y engañoso, y, por consiguiente, un celo sin autoridad de parte del que le ejercita, y sin efecto en aquellos en quienes le emplea. ¿Por qué es celo sin

autoridad de parte de aquellos que le ejercitan? porque solo el buen ejemplo y el testimonio que da una persona de haber empezado por sí misma, es el que puede autorizar una empresa tan delicada como la de reformar á los demás; y cuando el celo no se apoya en un tenor de vida tan ajustada, á lo ménos, como la que se le pide y se le quiere dar por ley al prójimo, no es celo en que se halla aquella proporcion necesaria para sacar la cara al descubierto, y poder obrar.

Esta es la sublime enseñanza que pretendia darnos el Hijo de Dios en el Evangelio, con aquel género de parábola de que usaba: *Quid autem vides festucam in oculo fratris tui; et trabem, quae in oculo tuo est, non consideras.* LUC. VI, 41? ¿Por qué reparas en la mota, que tiene en el ojo tu hermano, y no echas de ver la viga que hay en el tuyo? ¿Y cómo le puedes decir á tu hermano, déjame que te quite esa mota, que te embaraza, teniendo tú una viga, que te ciega? Como si hubiera querido decir el Salvador del mundo á este presumido celo, que este lenguaje de caridad, que fuera digno de alabanza en cualquiera, no podia servir sino para su oprobio: que por manifestas que fuesen las imperfecciones de su hermano, no le tocaba á él el repararlas, ni el verlas: que si tenía buena vista, debia emplearla en sí mismo; y sentar como principio: que hasta haber llegado á conseguir el conocimiento propio, fuera presuncion querer conocer á los otros y juzgarlos. Doctrina, que enseñaba mucho más excelentemente con la práctica este divino Maestro, cuando llevaba á mal, pongo por ejemplo, que los fariseos intentasen acusar ante su Majestad aquella mujer cogida en adulterio, y se metiesen en solicitar su castigo. Porque, pregunta S. Jerónimo: ¿no era constante y averiguado el delito de esta mujer? ¿No mandaba expresamente la ley de Moisés, que fuese apedreada? Es verdad; pero juzgaba Jesucristo por cosa indigna, que unos hombres tan cargados de flaquezas como los fariseos, y llenos de una falsa idea de sus virtudes, en nada pensasen ménos que en castigar en sí mismos lo que en sus prójimos tan rigurosamente condenaban, y se hiciesen fiscales públicos, se mostrasen tan ardientes por la observancia de la ley, y se hiciesen partes contra los pecadores: veis ahí lo que no podia llevar en paciencia el Salvador del mundo; y por eso les respondió: que el que entre ellos estuviese libre de pecado, la tirase la primera piedra; dándoles con eso á entender, que á ese solo le era permitido el tirarla, y que los otros tenian harto que hacer con sus escándalos propios, sin convertir sus pensamientos y su celo contra los escándalos de los demás.

Confesemos, empero, amados oyentes míos, y lloremos aquí la

miseria humana. Examinemos bien todas las pinceladas de este retrato, y en él nos reconoceremos á nosotros mismos. Son muchos los que deploran, se duelen, se lamentan, de que el mundo está más perdido cada dia, que no hay ya religion, que se abandonan los intereses divinos: más no lloran las relajaciones en que caen y en que viven muy de asiento; no lloran la mala educacion que dan á sus hijos, ni los desórdenes que toleran en sus criados. Ninguna cosa parece más despreciable, que un celo activo y ardiente en un hombre cuyas acciones desmienten sus palabras. De ahí nace, que ese celo no tiene efecto en aquellos con quienes se ejercita. No hay error más grosero que el pensar, que han de creer contigo, cuando parece, por tu proceder, que no te crees á tí mismo, y que han de seguir tus consejos, cuando en la práctica eres el primero que los abandonas. Eso es edificar con una mano y destruir con la otra, que es lo que califica de necedad la Escritura. Esta es la causa de que los que por su oficio tienen otros á su cargo y los deben corregir, tienen una doble obligacion: obligacion tan terrible delante de Dios, como indispensable de aplicarse, en primer lugar, á su propia perfeccion, para hacerse capaces de cumplir las obligaciones que la providencia les ha impuesto.

2. Hay algunas virtudes de una naturaleza tan equívoca y dudosa, que la primera regla, para practicarlas con seguridad, es estar con desconfianza de ellas. De esta condicion es el celo de la perfeccion del prójimo. Dios nos le encomienda como virtud, y como virtud necesaria en muchas ocasiones; más porque este celo está á peligro de degenerar y viciarse, quiere Dios, que al practicarle, le examinemos, y que sea nuestro principal cuidado el rectificarle: digo rectificarle, ya en lo que mira á nuestro entendimiento, ya en lo que pertenece á nuestro corazon. En lo que mira á nuestro entendimiento; porque puede ser, que este celo no sea segun ciencia, como nos enseña S. Pablo: *Emulationem Dei habent, sed non secundum scientiam.* ROM. x, 2. En lo que pertenece á nuestro corazon; porque sucede muchas veces, que este celo no sea segun caridad. Pues ¿cómo le rectificaremos de una y otra suerte? Digo, que con el celo de nuestra perfeccion propia; y esta es la segunda enseñanza que saco de la sentencia de nuestro Evangelio. Tratemos de penetrar bien lo que significa.

Tenemos celo de los demás, y muchas veces se encuentra, que en lugar de ser celo, segun ciencia, por un infeliz contagio, que le comunican las calidades de nuestro entendimiento, es un celo errado, un celo caprichudo, un celo estrecho y limitado, que son otras tan-